

asuntos no nos permita trasladar aquí estas obritas maestras, en las cuales veríamos á Píndaro bajo un aspecto muy diferente del en que acostumbramos contemplar al cantor de los Hierones y Arcesilaos. El tono del poeta ya ha perdido la gravedad dórica: Píndaro se nos presenta con una jovialidad graciosa que en vano buscaríamos en las odas triunfales, y que no excluye los sentimientos melancólicos, ni un ligero sabor de ironía. No parece sino que se acuerda de Anacreonte y su sonrisa.

CAPÍTULO XIV.

Teólogos y filósofos poetas.

ESCUELA ÓRFICA.—POETAS ÓRFICOS.—FILÓSOFOS POETAS.—JENÓFANES.—PARMÉNIDES.—EMPÉDOCLES.—PITÁGORAS.

Escuela órfica.

Los aedas religiosos de la época antehoméica habían tenido herederos; pero la poesía sacerdotal, destituida de cualidades brillantes y casi de todo interés popular, cayó durante algunos siglos en una profunda oscuridad, eclipsada por los esplendores de la epopeya y la elegía. No tiene duda que casi todos los santuarios conservaron sus cantores particulares, distintos del vulgo de los poetas, y depositarios de las antiguas tradiciones. Estos aedas cantaban para los iniciados do quiera que al lado del culto público y oficial había otro culto, secreto y místico; pero la muchedumbre ignoraba sus obras, ó no las comprendía, ó no hacia ningún caso de ellas, en comparación de los poemas de Homero, Hesíodo, Calino y Tirteo: puede decirse que permanecieron

en estado latente, y como si no hubiesen existido para los griegos. Con todo, cuando nació en Grecia la filosofía, había poemas mas ó menos importantes en que estaban expuestas, en forma mítica, ciertas concepciones cosmogónicas, teológicas y morales, diferentes de las ideas que corrían en el pueblo, de las que Homero y despues Hesíodo habían interpretado armoniosamente. En la misma época existía también una escuela de poetas místicos que se daban el nombre de órficos ó sectarios de Orfeo, y que, con razón ó sin ella, pretendían relacionarse, por una no interrumpida cadena, con el aeda de Pieria, y poseer el depósito auténtico de las doctrinas del maestro. Los órficos estaban esparcidos en varios puntos, y á lo que parece ejercían mucho influjo, no quizás por su ingenio ó por la superioridad de su talento, sino porque enseñaban á los hombres altas y consolatorias doctrinas.

Los poetas teólogos reunidos bajo la invocación de Orfeo se ocupaban particularmente de la naturaleza del alma y de su destino despues de la muerte, y por lo comun se consagraban al culto de Baco; pero este Baco no era el Dioniso popular, el dios del comos y del ditirambo, sino una deidad de orden mas severo, en quien se personificaban los placeres y las penas de la vida. Dioniso Zagreo, como ellos le llamaban, el cazador de las almas, segun el significado de su apellido, participaba en su concepto del poder de Hádes ó del rey de los infiernos: él era quien presidía la purificación de nuestra alma en esta vida, y aseguraba á nuestros méritos la inmortalidad, con sus castigos ó premios. El culto particular que tributaban al dios no tenía el carácter entusiasta y desordenado que se advertía en las

fiestas léneas ó dionisiacas: los órficos comprendían la decadencia exterior en el número de los deberes; tendían á una especie de ascetismo, y sus vestidos de lino blanco simbolizaban la pureza moral á que aspiraba su alma.

Poetas órficos.

En tiempo de Pisístrato y de los pisistrátidas empezó la secta órfica á tener adeptos cuyas obras obtuvieron verdadera notoriedad, y cuyo nombre ha quedado en los anales literarios. Sin embargo, mucho antes que ellos, Ferécides de Esciros, que vivía en la primera mitad del siglo VI, publicó una teogonía escrita en prosa jónica y en estilo altamente poético, en la cual se hallaban la mayor parte de las ideas que se encuentran en los poetas órficos, tales como la identidad de Júpiter y del Amor, y la existencia del dios Ofioneo. El influjo de las doctrinas órficas en un filósofo como Ferécides prueba que al principio del siglo VI ya había encontrado la secta sábios y apreciables auxiliares. Respecto de los órficos propiamente llamados, hay varios que la escuela pitagórica reivindica como á suyos, y quienes fueron al parecer filósofos pitagóricos al par que místicos de la secta de Orfeo. Tal es, por ejemplo, cierto Brontino, autor de un poema nominado *la Capa y la Red*, expresiones simbólicas que designaban, según dicen, la creación y la cosmogonía. Otros dos poetas hay, Cercops y Onomácrito, á quienes siempre se ha calificado de órficos. Cercops compuso un gran poema en veinte y cuatro cantos, las *Leyendas sagradas*, en el cual exponía todo el sistema de la teología cuyos principios se atribuían á Orfeo. Onomácrito, el órfico más célebre, fué íntimo amigo de Pisístrato y sus hijos.

Hizo para los pisistrátidas una colección de los oráculos de Museo, y se le acusa de haberla llenado con sus propias interpolaciones. Escribió cantos para las iniciaciones en el culto místico de Baco: enlazaba en estos poemas la leyenda de los Titanes con la de Dioniso, y representaba al joven dios expuesto al odio y á las asechanzas de los hijos de la tierra.

Los restos de las obras de la escuela órfica yacen diseminados por la colección que lleva el nombre de Orfeo. Casi todas las composiciones de la colección pertenecen indisputablemente á una época mucho más reciente; pero ciertos pasajes citados con el nombre de Orfeo por los Padres de la Iglesia y por otros autores antiguos, llevan tal sello de antigüedad, que apenas es permitido atribuirlos á los falsarios religiosos de la decadencia pagana; por ejemplo, los dos himnos á Museo sobre Júpiter, el uno de los cuales es la explicación del otro, no siendo ambos más que la continuación, en una forma menos mística y más literaria, del tema propuesto antes que explicado en el fragmento que copiando á Aristóteles hemos transcrito al hablar de Orfeo. Véase el más corto de ambos himnos, conservado por el mártir san Justino:

«Hablaré para quien ha de entenderme: cerrad las puertas á todos los profanos sin excepción; pero escúchame tú, hijo de la Luna de brillante luz, Museo; que te diré la verdad. Y nunca en tu vida dejes que se te vayan de la memoria las lecciones que antes han ilustrado tu alma. Vuelve los ojos á la divina razón; aplícate á ella, endereza á ella el vaso inteligente de tu corazón; anda recto por el sendero, y no tengas miradas sino para el señor del mundo. El es úni-

co, hijo de sí mismo; de él solo nacieron todas las cosas; solo él lo formó todo. Circula en medio de los seres; mas ningun mortal le ve la cara: él, por el contrario, los ve á todos. El es quien dispensa á los mortales los males tras los bienes, y la guerra funesta, y los dolores que hacen derramar lágrimas. No hay mas rey que el gran rey. Yo no le veo, pues por todos lados le circunda una nube, y los mortales, tienen en sus ojos pupilas mortales, impotentes para ver á Júpiter, árbitro del universo. Que el dios reside en el cielo de bronce, en un trono de oro, con los piés en la tierra, y la diestra extendida á lo léjos hácia los límites del océano. Ante él tiemblan los grandes montes, y los rios, y el abismo del azulado mar.»

Filósofos poetas.

Los primeros filósofos debian aprovechar y en efecto aprovecharon los trabajos de aquellos teólogos poetas que descubrieron importantes verdades morales, y de quienes solo se diferenciaban por su aversion á las formas míticas y á las calculadas oscuridades del estilo de los jerofantes. Los Jenófanes y los Parménides, que aspiraban á enseñar la verdad desnuda, cometieron tambien algunos de los abusos que ellos reprochaban duramente á los poetas. En sus versos fueron mas poetas de lo que querian, y sus alegorías, por ser mas razonadas quizás que los mitos vulgares, ó que los de los órficos, pertenecian á la poesía por algo mas que por la versificacion. ¡Era tan difícil hablar á hombres nutridos de Homero y Hesíodo con un estilo diferente del de Hesíodo y Homero, hasta para improperar á los héroes de la antigua literatura!

Jenófanes.

Nació Jenófanes en Colofon, en Jonia, y fué uno de los que fundaron en la Gran Grecia la ciudad de Elea ó Velia, en el año 536 antes de nuestra era. Cuando salió de Jonia se hallaba en la flor de la edad; vivió largos años en su nueva patria, donde á su muerte dejó una escuela floreciente.

No es de este lugar exponer lo que se sabe de las doctrinas particulares á Jenófanes y apreciar su valor. El filósofo no nos atañe sino por su habilidad en manejar los ritmos de la poesía, y especialmente por sus vivas é ingeniosas sátiras contra los que rebajaban con indignas imágenes la majestad del ser divino. Poco nos importa que cayese en graves errores despues de mostrar perfectamente los de los demás. Sus elegías, de las que nos queda un largo fragmento, y que eran obra de su mocedad, tenían ya una tendencia filosófica, aunque fuesen jocosas: en ellas disuadía á los convidados de cantar en el banquete las fábulas de Titanes, Centauros, ú otras semejantes, inventadas por los poetas antiguos; censuraba el lujo oriental de los colofonenses, sus compatriotas, y la insensatez de los griegos para quienes valia poquísimo ó nada el mas sábio de los hombres, en comparacion de un atleta vencedor en los juegos de Olimpia. En lo que de él nos queda hallamos aquella jocosidad seria que no sienta mal á los hombres entregados á los mas profundos pensamientos. Véase la gracia con que á los noventa y dos años confiesa la decadencia de su entendimiento y de su memoria: «Sesenta años hace que mi pensamiento se agita en el territorio de Grecia. Cuando

vine contaba veinte y cinco, si es que aun puedo calcular mi edad con exactitud.» En la pérdida de las obras de Jenófanes, no son tan de sentir sus poemas sobre la fundacion de Colofon y la colonizacion de Elea, ni siquiera su poema sobre la naturaleza (1), como las elegías y los yambos donde desahogaba sobre cualquier punto su vena sarcástica y su implacable buen sentido.

Parménides.

Parménides de Elea, discípulo y continuador de Jenófanes, dió al sistema panteístico, bosquejado por su maestro, el rigor lógico y la precision, si no la realidad y la verosimilitud, de las que no se curaba mucho. Construía el mundo segun su pensamiento, y no arreglaba su pensamiento segun el espectáculo de las cosas. Esta disposicion de ánimo, que no le ponía en buen camino de llegar á la verdad, no era la peor para sostenerle en el de la poesía, aun á despecho de los asuntos poco poéticos que con frecuencia trataba en sus versos. Su poema nominado *περί φύσεως*, de la *Naturaleza*, del cual quedan numerosos fragmentos, no era solamente una árida exposicion de doctrinas: el estilo era vivo y lleno de imágenes; los detalles mas técnicos tenían cierta animacion singular, y lo mismo que Lucrecio, quien á veces le tradujo, el filósofo de Elea volaba frecuentemente por los espacios imaginarios. Esta epopeya científica era digna en ciertos conceptos de figurar al lado de las mejores obras de la musa antigua. El mismo Homero apenas hubiera tildado en la alegoría del principio mas que la con-

(1) *Περί φύσεως*. Este es el título comun de casi todos los grandes tratados de los filósofos antiguos.

cision algo oscura de algunas frases y la fisonomía algo severa del conjunto.

«Los corceles que me arrebatan me han llevado tan léjos como me impelia mi ardor, pues me han hecho subir por el glorioso camino de la divinidad, por ese camino que introduce al mortal sábio en el seno de todos los secretos. Allí iba yo, allí arrastraban mi carro mis hábiles corceles. Unas jóvenes dirigian nuestra carrera, las hijas del sol, que dejaron las moradas de la noche por las de la luz, y que con las manos se apartaron los velos de las sienes. Silbaba el eje ardiente en los cubos, pues oprímale por ambos lados el movimiento circular de las ruedas, cuando los corceles redoblaban su celeridad. Era en el lugar donde están las puertas de los caminos de la noche y del día...; la austera justicia tiene las llaves. Dirigiéndose á ella las vírgenes con tiernas palabras, la persuadieron diestramente á quitar para ellas al momento los cerrojos de las puertas; y abriéronse de par en par, girando en sus goznes los quicios de bronce clavados en la madera de la puerta con barras y clavijas: de pronto, por esta abertura, las vírgenes lanzaron fácilmente el carro y los corceles.

«La diosa me recibió con agrado, y cogiéndome la mano derecha, hablóme en estos terminos: «Jóven, tú á quien guian conductoras inmortales.... regocijate; que no es un destino fatal el que te ha impelido por este camino, muy apartado de la senda trillada: es la Ley suprema y la justicia. Conviene que lo sepas todo, así las entrañas incorruptibles de la persuasiva verdad, como las opiniones de los mortales, que no contienen la verdadera conviccion, sino el error; y al penetrar todas las cosas, aprenderás el modo de juzgarlo todo atinadamente.»

Vemos que Parménides no tenía muchos años cuando compuso su poema, puesto que se hace dar el título de joven. En todo caso, lo escribió mucho tiempo antes del viaje á Atenas que dió materia á Platon para el famoso diálogo: cuando Parménides se trasladó al Atica, esto es, en 460, contaba ya sesenta y cinco años.

Empédocles.

Empédocles de Agrigento no era aquel insensato de quien habla Homero, que se precipitó al cráter del Etna para que le tuviesen por un dios. Si pereció verdaderamente en las fraguas cavernosas del monte, no fué una loca vanidad, sino el afán de instruirse lo que le llevó al borde del abismo. Quería examinar de cerca el singular y temible fenómeno que databa en Sicilia de pocos años, como Plinio el naturalista habia de sacrificar mas adelante su vida, cuando el Vesubio, tras algunos siglos de sosiego, tornóse volcan y destruyó de una sola vez tres ó cuatro ciudades.

X Era Empédocles, sin disputa, el primer sábio de su siglo. Aventajaba á Parménides, de quien tal vez fué discípulo, por lo vasto de su saber, especialmente en el órden físico. El fué quien escogió los medios de volver salubres los pantanos de Selinonto, como aun lo atestiguan en el día magníficas medallas. Otros servicios análogos, prestados á otras ciudades, bastan para explicar el alto aprecio que le profesaban sus conciudadanos, y el hecho de que los dorios de Sicilia le contemplasen como á un personaje dotado de facultades sobrehumanas y de dones proféticos. El mismo celebró en pomposos versos los triunfos de su ingenio: «Salud, amigos míos, que vivís en lo alto de la ciudad populosisi-

ma, á las doradas orillas del Acragas, dedicados á nobles y útiles trabajos. Yo soy para vosotros un dios inmortal; no, ya no soy mortal, cuando camino en medio de universales aclamaciones, rodeado de bandas como conviene, y cubierto de coronas y flores. Así que me aproximo á vuestras florecientes ciudades, hombres y mujeres acuden á saludarme á porfía: estos me preguntan por el camino que conduce á la fortuna; aquellos me piden la revelacion de lo porvenir; los otros me consultan sobre cualquier clase de enfermedades; todos vienen á escuchar mis oráculos infalibles.»

La filosofía de Empédocles era mística y entusiasta: admitia la metempsícosis, y consideraba al hombre como á una divinidad degenerada, y condenada por alguna maldad cometida durante su vida anterior á permanecer léjos de la mansion de los inmortales, hasta el momento en que se cumpliese la expiacion. En muchos puntos importantes se acerca á las doctrinas de Parménides y Jenófanes. El influjo de los dos filósofos jonios se manifiesta, no solo en las ideas del filósofo dorio, sino en la forma en que presentó su sistema, en el empleo de la lengua y del metro épicos, y hasta en la eleccion del título de su grande obra. El poema filosófico de Empédocles era igualmente un *περί φύσεως*, un tratado *de la Naturaleza*.

Queda un buen número de versos citados por los antiguos con el nombre de Empédocles. Los que hemos transcrito mas arriba son casi los únicos que pueden conservar parte de su mérito en una traduccion. Los demás son casi todos del género didáctico. El estilo es nervioso, vivo, rico en metáforas; pero estos preciosos restos encierran oscuridades, impenetrables las mas, que les despojan de gran par-

te de su interés literario, desalentando á cada paso al lector. Si fuésemos menos ignorantes, ó si poseyésemos un largo fragmento del *περί φύσεως*, tal vez nos adhiriéramos á la opinion de algunos antiguos que comparaban con Homero á Empédocles poeta; y tal vez proclamaríamos con Lucrecio que la Sicilia nunca ha producido un sábio igual al filósofo de Agrigento.

Pitágoras.

Tampoco era extraña al culto de las musas otra escuela filosófica fundada en Crotona poco antes de que Jenófanos estableciese la suya en Elea. Hablamos de la secta pitagórica. Es dudoso que Pitágoras escribiese algo. Como Tales antes de él, y como despues de él Sócrates, contraíase á comunicar á los demás, por medio de la enseñanza oral, las verdades en que tenia fe. Sus discípulos escribieron por él, y hasta hubo algunos que publicaron con su nombre sus propias obras. Nada se prestaba mas á engalanarse con los colores de la poesía que las nobles doctrinas morales predicadas en la Gran Grecia por el reformador samio. Sus mismas divagaciones sobre la naturaleza del alma y sus destinos, y aquella teoría de los números que hacia del universo una grande armonía, eran tambien ricas materias en que podia ejercitarse el talento de los poetas.

Quando la asociacion pitagórica, que se habia extendido paulatinamente por toda la Italia meridional, incurrió en el encono de los recelosos tiranos del país y se disolvió por la violencia, los sectarios que se libraron de la muerte llevaron á la Grecia propiamente llamada las doctrinas de su maestro. Una estrecha afinidad les unió pronto con los teólogos órficos, con quienes se les halla confundidos durante

el siglo V, y antes de que el sistema de los números resucitase entre los pitagóricos especulativos de la Academia.

Es posible que el poemita nominado *Versos dorados*, que ha llegado hasta nosotros con el nombre de Pitágoras, se deba al ingenio de uno de los poetas que nos legaron los mas hermosos himnos órficos. Este compendio de moral no tiene menos precio por el estilo que por las ideas: todas las cualidades que caben en este género severo, y hasta una especie de viveza graciosa, distinguen eminentemente los *Versos dorados* entre todas las composiciones análogas. Verdadero poeta es quien ha escrito estos versos, y ante todo un hombre de bien, que siente lo que dice, y cuyas lecciones despiden un penetrante aroma de formal é ingénuo honradez. Un falsario de los siglos de decadencia no hubiera escrito este pasaje, cuya sencillez y belleza son verdaderamente antiguas: «No acojas al sueño en tus entorpecidos ojos, sin que antes hayas examinado tres veces cada uno de los actos del pasado día. ¿En qué he pecado? ¿Qué he hecho? ¿Qué deber he dejado de cumplir? Registra así todas tus acciones una tras otra; si has cometido alguna bajeza, repréndete á tí mismo; si has hecho algo bueno, alégrate. Tal debe ser tu empeño, tal debe ser tu estudio; eso has de querer, eso te pondrá en el camino de la virtud divina: sí, lo juro por quien dotó á nuestra alma del principio de justicia; lo juro por la fuente de la eterna naturaleza!»